

El estado de la filosofía de la psicología

Fernando Martínez Manrique

The Routledge Companion to Philosophy of Psychology, de JOHN SYMONS y PACO CALVO (EDS.), ABINGDON y NUEVA YORK, ROUTLEDGE, 2009, 678 pp., 125.00£.

I. INTRODUCCIÓN

“¿En qué se ha convertido la filosofía de la psicología?” se preguntan Paco Calvo y John Symons en su breve (demasiado breve, quizás) introducción al *The Routledge Companion to Philosophy of Psychology* (en adelante, el *Companion*). Responder esta pregunta supone tener alguna noción previa de lo que la filosofía de la psicología *era*, al menos en alguna versión canónica. Su punto de referencia al respecto es la antología de lecturas editada por Ned Block en 1980. Lo cierto es que desde esa fecha han ocurrido una serie de transformaciones en el terreno, algunas más sutiles y otras más profundas, y en los treinta años que separan aquella antología del actual *Companion* hay otros mojes que señalan el camino. De manera que, aunque la solapa de este último asegura que es “el primer companion de su clase”, la afirmación, aunque técnicamente cierta (no es posible encontrar un libro anterior con un rótulo semejante) es posiblemente cuestionable en espíritu. Así, el *handbook* sobre *Philosophy of Psychology and Cognitive Science* editado por Thagard *et al* (2007), el *Companion to Cognitive Science* de Bechtel y Graham (1998), o incluso el *Philosophy of Psychology* de O’Donohue y Kitchener (1999) cumplen funciones análogas (si bien el último con entradas más idiosincrásicas en comparación con los temas centrales del campo).

De acuerdo con Calvo y Symons, uno de los desarrollos más importantes desde la publicación de Block ha sido la expansión en el abanico de temas y materias, producto del impulso de la colaboración multidisciplinar al que la filosofía de la psicología no ha sido ajena. En consecuencia, lo que diferencia al *Companion* de Routledge de la antología de Block, y de los otros libros de referencia mencionados, es su voluntad de incluir una selección amplia y variada del trabajo en esta área, prestando particular atención a los elementos

más recientes que presentan alternativas a las corrientes dominantes. Se ha ganado así, como es típico en la concepción de los *companions*, cobertura a cambio de profundidad. Se pretende que el lector pueda conseguir en un vistazo, el de las menos de 15 páginas que tienen más de la mitad de las entradas, una visión general de una extensa variedad de temas¹. Si lo que a uno le interesa es una visión global e introductoria al campo en su totalidad, debería acudir a alguno de los (escasos) manuales existentes [Bermúdez (2005); Botterill y Carruthers (1999)].

Realizar una recensión más o menos tradicional de una obra de estas características sería una tarea hercúlea que ni me propongo intentar, dado que hacerlo significaría emitir un juicio crítico sobre cada una de las 42 entradas independientes. Si se quiere un juicio sumarísimo de conjunto, diré que la mayoría de ellas cumplen sobradamente su función y algunas (aunque no me explico por qué no todas) incluyen una valiosa lista de lecturas adicionales. No obstante, también hay un puñado de entradas mediocres y algunas cuya inclusión es más que discutible. Si uno de los fines de ese tipo de recensión es orientar a los posibles compradores/lectores de la pertinencia o no de adquirir/leer la obra en cuestión, diré simplemente al respecto que coincido con la opinión de los habituales comentarios laudatorios de la contraportada del libro, que recomiendan que nadie al que interese la filosofía de la psicología prescindiera de él. Esto no significa que el libro no tenga defectos, que en este artículo espero poner de manifiesto, principalmente para que el lector sepa que hay ciertos temas para los que haría bien en acudir a alguna otra fuente.

Lo que me propongo hacer en esta nota crítica, por tanto, es realizar un recorrido general por la filosofía de la psicología, en particular sobre los modos de practicarla, sus temas centrales y las perspectivas de desarrollo del área en el futuro, tomando como base la manera en que se reflejan en el *Companion* de Symons y Calvo. Al hacerlo de este modo espero conseguir al mismo tiempo tanto ofrecer una visión general de la filosofía de la psicología como enjuiciar los méritos y defectos del *Companion*.

II. TRES MODOS DE PRACTICAR LA FILOSOFÍA DE LA PSICOLOGÍA

En una primera aproximación, la filosofía de la psicología podría verse como una variedad de filosofía de la ciencia, la filosofía de una ciencia particular, y podría suponerse que sus temas principales conectan con los intereses típicos del filósofo de la ciencia: la naturaleza de la explicación y de las teorías científicas, el debate sobre el realismo, las relaciones interteóricas y las posibilidades de reducción, o problemas de metodología de la ciencia, por citar ejemplos obvios. Sin embargo, como señala Wilson (2006), el trabajo de los filósofos de la psicología, como ocurre en otras filosofías de las ciencias particulares, se encuentra cada vez más entrelazado con el de la propia disci-

plina, adquiriendo un corte cada vez más naturalista. Desde este punto de vista, uno podría decir que la filosofía de la psicología forma parte de la psicología misma o, más bien, de la ciencia cognitiva. Lo que complica, a juicio de Wilson, la caracterización de la filosofía de la psicología es su relación con la filosofía de la mente. Ésta no se considera parte de la filosofía de la ciencia, tiene una agenda de temas tradicionales que se remonta prácticamente a los principios de la reflexión filosófica y en ella el análisis *a priori* es una de las prácticas habituales. Estos tres ámbitos, la filosofía de la ciencia, la ciencia cognitiva y la filosofía de la mente, constituyen tres grandes modos de practicar la filosofía de la psicología. Aunque es obvio que no están exentos de conexiones, los trataré separadamente para examinar brevemente el modo de hacer filosofía de la psicología en cada uno de ellos, haciendo referencia a los capítulos del *Companion* más representativos al respecto.

II.1. *Filosofía de la psicología y filosofía de la ciencia*

La psicología es una ciencia (o al menos eso parece)², por tanto, su filosofía es una filosofía de la ciencia. Como dice Thagard (2007), p. xiii, gran cantidad de trabajo en filosofía de la psicología se ha dedicado a caracterizar y evaluar las principales controversias teóricas. La relación entre teorías y resultados experimentales puede describirse, a su juicio, como una relación de explicación. Esto presupone una comprensión de la naturaleza de las explicaciones, tema central y controvertido en filosofía de la ciencia. Esta manera de acercarse a la filosofía de la psicología se encuentra repartida entre capítulos de la segunda parte del *Companion* de Symons y Calvo, titulada precisamente “La explicación psicológica”, y de la cuarta, “La base biológica de la psicología”. Ahora bien, no todo lo que cuenta como psicología parece interesar de igual manera a su filosofía y, en consecuencia, no todos los problemas de la explicación psicológica reciben el mismo grado de atención.

Las teorías psicológicas que interesan a los filósofos de la ciencia son principalmente las que están más claramente integradas dentro del proyecto de la ciencia cognitiva. (De ahí, por ejemplo, que el *handbook* de Thagard *et al* amplíe su título en esa dirección). El carácter interdisciplinar de esta ciencia, o conjunto de ciencias, hace que su análisis filosófico deba enfrentarse a la cuestión de las relaciones entre las distintas disciplinas que la componen. La visión canónica de esta ciencia que ofreció Howard Gardner hace un cuarto de siglo la concibe como un proyecto que involucra seis ámbitos disciplinares: psicología, inteligencia artificial, neurociencia, filosofía, lingüística y antropología [Gardner (1985)]. Los cuatro primeros serían los nucleares y los dos últimos desempeñan un papel más auxiliar.

Creo que son muchos los que aún suscriben esta visión y creo que hay buenas razones para hacerlo, dado que las divisiones entre grandes áreas siguen siendo sustancialmente las mismas. Lo que se ha producido, obviamente-

te, son cambios internos en cada una de esas áreas, así como en los pesos relativos de cada una de ellas en la corriente dominante. Pero sigue planteándose el problema de si existe unificación explicativa, es decir, teorías cognitivas que corten a través de las diversas disciplinas, con terminología y recursos explicativos de cada una de ellas, o si, por el contrario, las teorías se construyen dentro de cada distinta área. Los capítulos de Bechtel y Wright (“¿Qué es la explicación psicológica?”) y de Hardcastle (“La interfaz entre psicología y neurociencia”) acuden a las nociones, respectivamente, de explicación mecánica y de extensión explicativa para dar cuenta de este problema. Estas nociones no albergan simplemente propuestas diferentes sino que reflejan concepciones bien distintas de las relaciones interdisciplinarias y las perspectivas de la unificación explicativa. Bechtel y Wright³ consideran que los modelos de mecanismos proporcionan el tipo de marco que la explicación psicológica requiere y lo contrastan con las limitaciones de otro tipo de explicación, la nomológica, que clásicamente ha tenido en filosofía de la ciencia la misma vocación unificadora. Hardcastle, por su parte, considera que no hay motivos para pensar que las áreas deban fusionarse o que su desarrollo necesite apoyarse de manera fundamental en los avances de otras disciplinas; en último término, dictamina, sólo llegamos a obtener un conjunto bastante desordenado de conexiones entre las teorías de unas y otras.

No todas las relaciones entre disciplinas interesan de igual manera al filósofo de la psicología. Más allá de la deseada colaboración interdisciplinaria, puede percibirse en la historia de la ciencia cognitiva, desde su nacimiento allá por los 50 hasta la actualidad, una pugna entre las distintas disciplinas por hacerse con el “control explicativo”, es decir, por erigirse en un ámbito central y privilegiado en el que la teorización debería converger⁴. En consecuencia, las fricciones entre las áreas aspirantes a tomar el control marcan la agenda del estudio de las relaciones interdisciplinarias relevantes. A este respecto, podemos decir que los problemas se planteaban inicialmente en las relaciones entre psicología e inteligencia artificial, donde la noción clave era la de realización, que casaba bien con la discusión en filosofía de la mente en torno al funcionalismo (cosa que volveré a tocar más abajo). Sin embargo, el péndulo se ha ido desplazando progresivamente hacia los problemas de las relaciones entre psicología y neurociencia, a medida que esta última se ha ido consolidando (gracias, entre otras cosas, a la aparición de nuevas técnicas de exploración de la actividad neuronal). De modo que no resulta extraño que el *Companion* incluya toda una sección dedicada a la base biológica de la psicología.

Las relaciones entre niveles en este terreno se pueden aún concebir en términos de mecanismos, como se hace en la entrada de Craver (“Niveles de mecanismos: una guía de campo a la estructura jerárquica del mundo”). Aquí la discusión se orienta a la posibilidad y forma en que el mecanismo de un nivel sea resultado de su composición por mecanismos de niveles inferiores, donde apenas tendrían impacto los argumentos más habituales de metafísica de la

mente respecto a “niveles de realización”. La entrada de Laakso (“Desarrollo y aprendizaje”), por su parte, muestra cómo las cuestiones de niveles conciernen a un ámbito particular de teorización, el de la psicología del desarrollo.

Otro concepto clave para analizar las relaciones entre psicología y neurociencia es el de reducción, donde la discusión se orienta decididamente por terrenos familiares a la filosofía de la ciencia. Es cierto que las posibilidades de reducción de lo psicológico a lo neurocientífico aparecen también como un tema habitual de la filosofía de la mente, tanto desde planteamientos afines a las teorías de la identidad y especialmente de la mano de los defensores del eliminativismo [Churchland (1981)]. Pero el análisis se mantenía aún en un plano bastante abstracto, donde “lo psicológico” se caracteriza en términos de actitudes proposicionales y “lo neurocientífico” en términos de una neurociencia “madura” e idealizada. La novedad que presentan los defensores del reduccionismo de la “última ola” [Bickle (1998)] es que echan mano de casos detallados de experimentación neurocientífica que ofrecen explicaciones de nivel “micro” de fenómenos como la memoria y el aprendizaje. Bickle (“Neurociencia celular y subcelular”) sostiene que son inadecuadas las concepciones normativas, al estilo del modelo nomológico-deductivo tradicional, que prescriben qué debemos encontrar para determinar si se ha realizado una reducción. A cambio, describe lo que llama “reducciones reales”, que se caracterizan por intervenciones causales a niveles moleculares y seguimiento de los efectos de tales intervenciones.

Aunque las relaciones entre teorías y niveles son el foco central de esta filosofía de la ciencia, hay otras baterías de problemas posibles afines a esta área, como los procedentes de la *metodología* de la ciencia, reflejados en el capítulo de Danks y Eberhardt (“Problemas conceptuales en estadística, test y experimentación”). Los diseños experimentales y los análisis estadísticos de los datos que arrojan son el pan y la sal de la práctica de los psicólogos. Cómo tratar la variabilidad en los datos, cómo diseñar experimentos efectivos, cómo descartar la hipótesis nula, etc., son problemas interesantes para quien practica la psicología experimental y en ellos se presentan, como los autores señalan, retos conceptuales importantes.

Estas últimas concepciones de la filosofía de la psicología en tanto filosofía de la ciencia pueden plantear algunas dudas respecto a cómo ha de practicarse. Por ejemplo, el modelo nomológico criticado por Bickle tenía una agenda filosófica razonablemente clara, consistente básicamente en desarrollar, bien *a priori* bien desde el análisis de un ejemplo de reducción generalmente aceptado como tal, una estructura normativa con la que contrastar los casos donde se propone una relación reductiva. Su modelo descriptivo, por el contrario, rebaja las condiciones en las que algo cuenta como una reducción y parece remitir la tarea del filósofo (al menos si atendemos a cómo Bickle mismo la lleva a cabo) mayormente a la de un divulgador científico que presenta de manera accesible las correlaciones entre fenómenos de uno y otro

nivel que se observan en tal o cual paradigma experimental. Así mismo, la metodología de la psicología, que forma parte del bagaje formativo de cualquier psicólogo experimental, presenta problemas interesantes, si bien no queda claro si son del tipo que conecta fácilmente con el tipo de problemas más habituales para el filósofo de la psicología; de manera que hay una cierta sensación de aislamiento de esta subárea de investigación con respecto al área en general.

II.2. *Filosofía de la psicología y ciencia cognitiva*

Como señala Wilson (2006), la filosofía de la psicología ha ido adquiriendo tintes cada vez más naturalistas y el *Companion* es una muestra explícita a este respecto. Calvo y Symons consideran insatisfactoria la caracterización de Block del campo como “el estudio de las cuestiones conceptuales en psicología”, insatisfacción que comparten con Thagard, quien señala en la introducción a su *handbook* [Thagard *et al* (2007), p. x] que el objeto de la filosofía de la psicología no es desarrollar verdades conceptuales sobre las mentes, sino tratar cuestiones filosóficas prestando gran atención a los desarrollos en la psicología científica y en las áreas aliadas de la ciencia cognitiva. Este enfoque naturalista, no obstante, tiene a mi entender dos lecturas: una en que la filosofía utiliza tales desarrollos para abordar sus propias preocupaciones tradicionales, que pueden o no interesar al científico cognitivo, y otra en que el filósofo comparte preocupaciones con este último. Es este segundo naturalismo, más radical, el que reflejan buena parte de las entradas del *Companion*.

El giro naturalista, junto con la tendencia a acometer los problemas de manera multidisciplinar, hace que los temas de estudio sean virtualmente los mismos que los del psicólogo (percepción, representación, procesos cognitivos, arquitectura mental...), si bien en un mayor grado de abstracción conceptual y desde unos intereses explicativos no enteramente coincidentes. El filósofo no trata tanto de analizar “desde fuera” la ciencia cognitiva sino de contribuir “desde dentro” a la misma, tanto como lo puedan hacer el lingüista, el neurocientífico o el antropólogo. No se trata de utilizar la investigación psicológica sobre un particular, por ejemplo, la memoria, para abordar, pongamos, los problemas epistemológicos que acarrea (la fiabilidad del recuerdo, la explicación fundamentista...). Al filósofo de la psicología que se ocupa de la memoria le interesa más bien entender el fenómeno en sí (v.g., los tipos de memoria que pueda haber) y las restricciones que ello plantea a la ontología y arquitectura mental (v.g., los tipos de representaciones y de procesos que es necesario postular). Esto no significa que el filósofo realice el mismo tipo de trabajo empírico que el psicólogo. Tanto si se ocupa de la visión como del razonamiento, el filósofo no proporciona nuevos datos⁵ sino que examina los disponibles (generalmente en su versión más abstracta), conecta los diversos

conceptos y, en un afán globalizador, intenta proporcionar una visión integral de las líneas maestras de la materia que ha decidido estudiar. En algunos casos esto desemboca en una teoría articulada del fenómeno de estudio. De hecho hay algunos de esos temas, los que podemos considerar como centrales (intencionalidad, racionalidad, innatismo y modularidad) y que trataré en un apartado posterior, cuya teorización atrae a los filósofos antes que a los psicólogos, a diferencia de temas como la visión o la memoria, donde son los psicólogos quienes llevan el peso de la producción de teorías.

Como ya he dicho antes, los ámbitos de la psicología que han recibido mayor atención por parte de los filósofos son aquellos que conectan con el proyecto de la ciencia cognitiva, especialmente aquellos con un mayor éxito relativo en la investigación. Entre los más exitosos se encuentran los que corresponden a procesos básicos, como la percepción, así que no es extraño que toda una sección del *Companion*, “La experiencia perceptual”, se dedique a este tema. El objetivo de la sección, según dicen Calvo y Symons, es ofrecer una muestra del enfoque “divide-y-vencerás” que los filósofos han aplicado a la consciencia. De manera que esta sección cuenta con apartados dedicados a diversos aspectos de la percepción consciente (o inconsciente, dado que en muchos casos el problema es cómo delimitar los dos tipos de estado mental): “Atención” (Mole), “Introspección” (Fernández), “Sueños” (Sutton), “Emoción” (Atkinson), “Visión” (Arstila), “Color” (Cohen), “Audición” (O’Callaghan) y “El contenido temporal de la experiencia perceptual” (Grush) son los títulos de las entradas en las que se abordan las diferentes materias, más un capítulo que, con el título de “consciencia” (Bayne), resume los problemas principales que el fenómeno comporta, en la intersección entre filosofía y psicología.

No voy a realizar comentarios particulares de esas entradas que, por lo general aunque con inevitables diferencias de calidad expositiva⁶, presentan las materias respectivas de manera sintética y razonablemente completa y actualizada. Me limitaré a una reflexión sobre el alcance de la tarea filosófica en este terreno. Como dice Bayne en su entrada sobre consciencia, aunque ésta constituye en la actualidad un tema de estudio serio en las ciencias cognitivas, sus credenciales científicas no está aún aseguradas y puede que se trate de una de las pocas nociones que retenemos no porque produzca dividendos sino porque estamos atascados en ella. Sin embargo, esto contrasta con los éxitos relativos alcanzados en los ámbitos particulares de la experiencia perceptual que se describen en los demás capítulos de la sección. Esto puede conducir a intentar dar cuenta de la base psicológica de la consciencia en términos de alguno de esos ámbitos, como señala, v.g., Mole en relación a la atención, que para algunos permitiría explicar la consciencia. Una tendencia diferente consiste en ver la investigación filosófica y la psicológica como compartimentos que abordan aspectos distintos del mismo problema, con escasa conexión entre sí. Por ejemplo, Fernández señala que no está claro de qué manera se relacionan entre sí ambos tipos de investigación en torno a la

introspección. Si se generaliza, este modo de plantear la relación cuestiona que con la filosofía se pueda establecer genuina interdisciplinariedad. La versión más extrema de este planteamiento se produce quizás al sopesar la significación que ciertas cavilaciones metafísicas en torno a la mente puedan tener en la filosofía naturalizada. Así, el filósofo de la psicología naturalista no entiende la relevancia que puedan tener cuestiones como la posibilidad metafísica de los zombies (filosóficos), o simplemente se cansa rápidamente de ellas, para centrar su atención en fenómenos “más reales”⁷. De ahí que la panoplia de experimentos mentales tan familiar y cara al filósofo de la mente no tenga apenas reflejo en un volumen como este *Companion*. El filósofo de corte más aprioricista, por su parte, considera que esa forma naturalista de hacer filosofía se deja siempre un reducto explicativo al que no se puede llegar por ninguna estrategia de “divide-y-vencerás”. ¿Es posible armonizar ambas tendencias? ¿Es posible que la aspiración de proporcionar teorías integrales de la mente, presente en muchos filósofos de la psicología⁸, se pueda extender a incluir en ella los aspectos metafísicos? Difícil, en tiempos en que la filosofía sistemática está de capa caída y en que el volumen de elementos a integrar es tan descomunal, incluso abstrayendo mucho detalle.

Hay otro modo de practicar la filosofía de la psicología como parte de la ciencia cognitiva que se solapa quizás, en cuanto a sus intereses explicativos, con el enfoque de filosofía de la ciencia abordado en el subapartado II.1. Ahí presentaba el problema de la explicación como una de las cuestiones centrales del filósofo de la ciencia psicológica. No obstante, es preciso observar que hay otros modos de acercarse a la cuestión de la explicación psicológica que no están ligados a los recursos de la filosofía de la ciencia sino a los otros dos ámbitos con los que la filosofía de la psicología se relaciona: la filosofía de la mente y la ciencia cognitiva misma. La entrada de Polger (“Funcionalismo computacional”) es exponente del primer enfoque, mientras que las de Sharkey y Sharkey (“Conexionismo”), la de Adams y Aizawa (“Cognición corpórea y la mente extendida”) y posiblemente la de Wheeler (“Los modelos evolucionistas en psicología”) lo son del segundo. Quiero aclarar aquí qué es lo que percibo que estos tres últimos tienen en común, mientras que dejaré el funcionalismo para el apartado II.3.

Lo que tienen en común, dicho de manera sucinta, es que analizan modos de abordar la explicación psicológica en términos de una teoría particular de ciencia cognitiva. Es decir, no se trata ni de proponer una noción de explicación adecuada a la ciencia cognitiva, ni de abordar el problema de las relaciones interteóricas para defender una cierta relación explicativa (autonomía, reducción, complementariedad) entre niveles. A diferencia, por ejemplo, de las propuestas de Bechtel y Wright o de Hardcastle, comentadas más arriba, que no proponen en realidad un modo determinado de practicar la ciencia cognitiva, sino una cierta manera de entender lo que las explicaciones en esta ciencia requieren, el conexionismo, la cognición corpórea o la psicología

evolucionista sí recomiendan una práctica científica concreta. Se proponen provocar, como señalan Sharkey y Sharkey en relación a las pretensiones iniciales del conexionismo, un “cambio de paradigma” (término que a menudo se usa más con efectos propagandísticos que otra cosa) en el marco explicativo, es decir, adoptar un determinado sesgo en los métodos, intereses y modelos de explicación. Así, el conexionismo, en sus versiones más ambiciosas, constituye un intento de encontrar en una cierta teoría sobre la arquitectura mental el punto pivotal para dar cuenta de una explicación que abarque los aspectos psicológicos, computacionales y biológicos de lo cognitivo. La cognición corpórea⁹, por su parte, no centra sus miras en la arquitectura propiamente dicha, sino en cuál sea el fenómeno realmente a explicar (que pasa de ser la cognición abstracta a los procesos de acoplamiento entre el organismo y el entorno) y, en consecuencia, la unidad y las herramientas de análisis apropiadas a su explicación. La psicología evolucionista, por último, sugiere que los principios de la selección darwiniana nos dan la guía no sólo para entender el diseño básico de la mente sino para formular las preguntas adecuadas que requieren explicación, así como la forma de las respuestas: los estímulos a los que el organismo responde, los procesos encargados de elaborar la información entrante y las conductas del organismo sólo pueden explicarse en relación a un entorno originario para el que fueron seleccionados y que fija el diseño mental básico que hemos heredado.

Por consiguiente, existen varios modos en los que el filósofo de la psicología puede realizar una contribución positiva al avance científico. En este subapartado he indicado los dos más evidentes, reflejados en el peso que reciben en el *Companion*: 1) la sistematización e integración conceptual de los resultados de un dominio de estudio determinado y 2) el desarrollo de un marco explicativo integral de todo lo cognitivo (los “temas centrales” del campo, que trataré en el apartado IV, constituyen un caso especialmente distintivo de este segundo tipo de contribución).

II.3. *Filosofía de la psicología y filosofía de la mente*

Como ya he señalado, la filosofía de la psicología guarda relación con la filosofía de la mente. ¿Qué relación es ésa? El punto de vista de Calvo y Symons es que la filosofía de la psicología hunde sus raíces en la filosofía de la mente pero tiene en la actualidad su propia agenda, con problemas que pueden distinguirse de los de esta última. Esta visión de la filosofía de la psicología, como un desarrollo de filosofía de la mente que se independiza a medida que el estudio de la mente se constituye a su vez en ciencia independiente, es compartida en sus líneas generales por otros autores. Así, Bermúdez (2005), p. 15, considera que ambas áreas difieren en dos modos básicos. Uno es que la filosofía de la psicología se ocupa primariamente de la naturaleza y los mecanismos de la cognición, antes que de la metafísica y epistemo-

logía de la mente. El otro es que la filosofía de la psicología carece del aislamiento respecto al trabajo científico con el que parecen contar (en virtud precisamente de su dimensión metafísica y epistemológica) los debates tradicionales en filosofía de la mente. No obstante, señala Bermúdez, las diferencias entre ambas filosofías no son cualitativas sino que se ubicarían en un continuo. El análisis que realiza Rabossi (2002) podría asimilarse con este diagnóstico, en la medida en que distingue los diversos modos de practicar la filosofía de la mente y de la psicología en función de los grados de implicación con posiciones naturalistas: en un extremo tendríamos la concepción canónica de la filosofía como disciplina completamente autónoma, en el otro tendríamos una filosofía de la psicología contigua a la psicología. En un punto intermedio se situaría la posición de Block de la filosofía de la mente como parte de la filosofía de la psicología: los problemas de esta última serían “los problemas tradicionales en ropaje nuevo” [Block (1980)].

Si la filosofía de la psicología tiene ya su agenda propia, ¿qué queda de filosofía de la mente en este *Companion*? Decididamente, no mucho. Dejando a un lado los capítulos históricos, de los que me ocuparé en el próximo apartado, los capítulos que abordan de manera directa temas reconocibles en cualquier manual estándar de filosofía de la mente se reducen, a mi juicio, a una media docena (los más claros son los capítulos sobre funcionalismo, psicología *folk*, contenido mental y consciencia, junto con los del lenguaje del pensamiento y el color), más algunas pinceladas aquí y allá, dependiendo del tema que aborde la entrada. En el subapartado anterior ya he expresado algunas reservas respecto a la perspectivas de integrar la metafísica de lo mental dentro de un proyecto explicativo amplio que competa al filósofo de la psicología. Quiero ampliar un poco esta idea deteniéndome en los que son seguramente los dos grandes temas clásicos de la filosofía de la mente, el problema mente-cuerpo y el problema de las otras mentes, para ver el modo en que la perspectiva naturalista los transforma.

El problema mente-cuerpo, que ocupa prácticamente la mitad de un manual cualquiera de filosofía de la mente, interesa muy poco a la filosofía de la psicología y lo poco que lo hace entronca fundamentalmente con tratamientos de filosofía de la ciencia, particularmente con las nociones de reducción, realización, implementación o emergencia. Decía más arriba que hay un modo de abordar la cuestión de la explicación desde parámetros más familiares al filósofo de la mente, y la entrada de Polger (“Funcionalismo computacional”) es un ejemplo de ello. En ella se exploran las perspectivas del funcionalismo en tanto se postula como un marco para la explicación psicológica, un modelo metodológico para el estudio de la psicología y una respuesta con fundamentos teóricos a los escépticos acerca de las otras mentes. La conclusión que se desprende, a mi entender, es más bien negativa: el hecho de que el funcionalismo venga en varias variedades y que la propia noción de función difiera según uno se acerque a ella, por ejemplo, desde la psi-

ciencia computacional o desde la biología evolucionista, supone que se diluyan considerablemente las perspectivas funcionalistas de constituirse en el marco metateórico de toda la ciencia cognitiva. Lo que me interesa, en cualquier caso, es señalar el modo en que la filosofía de la psicología transforma el interés en el funcionalismo como una teoría para resolver el problema mente-cuerpo (o soslayarlo, según como se mire; quizás este segundo aspecto es el que explica su popularidad en el cognitivismo: adoptar el funcionalismo simplemente evita tener que pensar sobre el dichoso problema) a una teoría para dar cuenta de la autonomía de las explicaciones psicológicas y las dificultades de una reducción.

Veamos ahora el problema de las otras mentes, que se suele dividir en dos problemas relacionados. Uno, derivado de preocupaciones escépticas de raíz cartesiana, es el problema de cómo podemos saber que existen mentes más allá de la nuestra. Me atrevería a decir que este problema ha dejado de ser interesante en términos generales, salvo tal vez en ciertos cuarteles de epistemología muy tradicional. El segundo problema, que ha recibido más atención en tiempos recientes, toma como punto de partida que conocemos otras mentes, y se pregunta cómo podemos saber que los estados mentales ajenos (actitudes proposicionales, conceptos, *qualia*...) son como los nuestros y cuáles son las condiciones de posibilidad para esta identidad (o similitud). Este problema interesa más a la filosofía de la psicología en la medida en que se transforma en un tipo de cuestión que enlaza con ciertas líneas de investigación empírica. Por ejemplo, con el estudio de las condiciones de nuestra capacidad para “leer las mentes”, es decir, para atribuir estados mentales fidedignos a terceras personas; o, en términos más generales, con el problema de hasta qué punto nuestras explicaciones psicológicas deben tener en cuenta el vocabulario y los modos de atribución de estados mentales que empleamos cotidianamente, cuestiones abordadas en el *Companion* por Ravenscroft (“¿Es la psicología *folk* una teoría?”).

A pesar de todo, filosofía de la psicología y de la mente siguen conectando en un ámbito temático central: el de la intencionalidad. No obstante, incluso en este ámbito existe una diferencia de énfasis. En filosofía de la mente el problema de la intencionalidad está vinculado a cuestiones de filosofía del lenguaje: el problema del contenido mental y el problema del significado se abordan como dos caras de la misma moneda. Las respuestas a las preguntas “en virtud de qué tiene un estado mental el contenido que tiene” y “en virtud de qué tiene una oración el significado que tiene” se alinean respecto a los mismos parámetros. Por ejemplo, en el debate entre externismo e internismo lo que comienzan siendo reflexiones acerca del significado se convierten prácticamente sin transición alguna en elementos de la reflexión acerca del contenido mental. Así, si Putnam (1975), empezando por el título, es un texto clásico de filosofía del lenguaje, Burge (1979), empezando por el título, resulta serlo de filosofía de la mente, cuando ambos están tratando vir-

tualmente el mismo tipo de problema y conformando los elementos distintivos de la posición externista. En filosofía de la psicología, sin embargo, la filosofía del lenguaje no tiene tanto peso y el problema de la intencionalidad se aborda fundamentalmente en cuanto a sus perspectivas de naturalización, en el contexto del problema de la representación (reflejado en las entradas de Dan Ryder en el *Companion*). En cualquier caso, el hecho de que un tema central se encuentre en la intersección entre psicología y filosofía de la mente augura que esta última aún tiene recursos conceptuales que aportar a los debates principales de filosofía de la psicología.

III. EL PAPEL DE LA HISTORIA EN LA FILOSOFÍA DE LA PSICOLOGÍA

Una peculiaridad del *Companion* es la inclusión de una sección, que ocupa la sexta parte del libro, con el título de “El trasfondo histórico de la filosofía de la psicología”. El propósito de esta parte es, según declaran Calvo y Symons, presentar el contexto histórico necesario para las discusiones que siguen, para así contrarrestar la tendencia a ver los debates contemporáneos como productos directos de la revolución cognitiva. Por tanto, uno podría ver aquí un cuarto modo de practicar la filosofía de la psicología, a añadir a los tres presentados en el apartado anterior: un modo “historicista”. Quiero abordar ahora la cuestión del alcance de este enfoque, es decir, ¿es la historia de la filosofía relevante para la práctica de la filosofía de la psicología? Quizás uno pueda considerar la pregunta impertinente: a fin de cuentas, algo que caracteriza a la filosofía frente a las diversas ciencias es el examen de los planteamientos históricos de los problemas, y esto vale para cualquier disciplina filosófica. Mientras que hacer historia de la psicología o historia de la biología no es hacer, respectivamente, psicología ni biología, hacer historia de la filosofía sí que cuenta como filosofía. Dicho de otro modo: probablemente es discutible que acudir a la historia de la física o de la psicología sea de gran utilidad para hacer avanzar dichas ciencias, pero los respectivos avances o desarrollos filosóficos harán bien en mantener una línea de continuidad con los debates históricos, señalando paralelismos en las argumentaciones, conectando conceptos y evitando repetir errores previos. Sin embargo, la impresión que deja la lectura de las entradas históricas del *Companion* es que el alcance de esta práctica parece bastante limitado.

Consideremos, por ejemplo, las entradas de Hatfield y Martin dedicadas, respectivamente, a las raíces racionalistas y empiristas de la psicología moderna. Las entradas hablan, cómo no, de la práctica de la psicología en los siglos XVII y XVIII, de las concepciones de Descartes, Spinoza, Locke, Hume o Mill, de la relación mente-cuerpo, de la base sensorial del conocimiento, del asociacionismo. Sorprendentemente, sin embargo, lo que más se echa de menos en ellas es precisamente mostrar la conexión entre las posiciones ac-

tuales en psicología, o en filosofía de la psicología, con dichas corrientes de pensamiento. Resulta llamativo, por ejemplo, que al hablar de “el legado racionalista” no se mencione siquiera figuras contemporáneas clave en el cognitivismo, como Chomsky o Fodor, que denominan sus posiciones explícitamente “cartesianas”. Uno podría criticarlo como un error de omisión por parte del autor de la entrada. Pero quizás exista un problema más profundo: que la presunta continuidad sea irrelevante; que la elección de la etiqueta en cuestión funcione más como tributo histórico y guiño para iniciados que como una referencia real a una corriente histórica cuyo estudio merezca la pena para iluminar las posiciones contemporáneas. Dicho de otra manera: todo lo que Fodor dice podría decirse, y entenderse, sin que él mencione, ni uno conozca, en absoluto a Descartes. A fin de cuentas, el cartesianismo ha influido en mucha (seguramente demasiada) gente y cualquier referencia a un legado específico en tal o cual corriente contemporánea va a resultar discutible (por ejemplo, un detalle novedoso, para mí, de la entrada sobre racionalismo es que señala la influencia del cartesianismo más mecanicista en las teorías conductistas de Watson).

Lo que estoy diciendo no es que las cuestiones históricas carezcan de interés, o que estén vedadas a un filósofo de la psicología. A fin de cuentas, si decimos que hacer historia de la filosofía es una forma de hacer filosofía, hacer historia de la filosofía de la psicología será una forma de hacer filosofía de la psicología. Por tanto, la presencia en el *Companion* de capítulos sobre perspectivas históricas estaría tan justificada como la de capítulos sobre, pongamos, memoria o percepción: simplemente a unos filósofos les interesan unos temas y no otros. Lo que afirmo, más bien, es que hay una cierta desconexión entre los intereses, más en busca de exégesis que de inspiración, de quien acude a las fuentes históricas de un problema y quien lo estudia en el marco de teorías psicológicas contemporáneas: constituyen dos proyectos filosóficos en buena medida independientes.

Consideraciones análogas pueden extenderse a otras entradas de esta sección que no están dedicadas a corrientes históricas de la filosofía sino a historia de la psicología propiamente dicha. (Si bien es admisible que los aspectos históricos de la psicología se confundan con los de la filosofía hasta que aquélla comienza a emerger como disciplina autónoma a finales del XIX). Un caso notable es la entrada de Erwin (“Freud y el inconsciente”). Freud parece tener el estatus de alguien a quien hay que otorgar el debido reconocimiento por su papel fundacional en psicología, pero cuya presencia es marginal en el proyecto de la ciencia cognitiva. De manera que los filósofos de la psicología, preocupados principalmente por esta última, prestan escasa atención a las tesis freudianas, si no desconfían abiertamente de ellas. Esto tiene su reflejo en que las referencias a Freud en el resto del *Companion* son meramente testimoniales.

El alejamiento entre el análisis histórico y la filosofía de la psicología se descubre igualmente en una cierta tendencia al academicismo en quienes practican el primero, que no aparece en quienes se interesan por el segundo. Esta tendencia se percibe, por ejemplo, en la entrada de Martin, sobre las raíces empiristas, excesivamente empeñada en rescatar figuras menores de esta corriente antes que en ofrecer una visión general que muestre en qué modo la psicología moderna bebe, o se aparta, del empirismo; o en la entrada de Alan Kim (“La primera psicología experimental”), que para sus escasas 12 páginas de contenido incluye 103 notas al pie, fundamentalmente referencias de página; o en la entrada de Keeley (“La historia inicial de *quale* y su relación con los sentidos”), donde se rastrea el término y concepto de *quale* en una entrada repleta de citas y dedicada a entresacar y comparar lo que el propio autor de la entrada denomina posiciones “oscuras”.

Las dos entradas restantes de esta sección, las de Braddon-Mitchell (“Conductismo”) y Garnham (“Cognitivismo”) cuentan, en primera instancia, con mejores perspectivas para ofrecer un análisis histórico interesante, dado que las posiciones que revisan son estrictamente contemporáneas y cuentan aún con quienes las practican¹⁰. Pero ocurre que la entrada sobre conductismo no presenta en realidad su trasfondo histórico sino el clásico examen conceptual de sus pretensiones y problemas (los contraejemplos, los análisis disposicionales circulares, la ineficacia causal, etc.) y la entrada sobre cognitivismo es de las más flojas del volumen (dedicar, por otra parte, 12 páginas a la historia del cognitivismo cuando se dedican 19 a la del concepto de *quale*, se antoja una proporción inadecuada), de manera que su lectura es prescindible de cara a las entradas posteriores que más se podrían beneficiar de ella (v.g., funcionalismo o conexionismo).

A estas alturas, no se le ocultará al lector de esta nota crítica mi decepción con esta sección del *Companion*, decididamente la más endeble e inoperante del libro. Se podría objetar, tal vez, que el problema no es tanto de la irrelevancia del enfoque historicista para la práctica de la filosofía de la psicología, sino de la mayor o menor calidad de los artículos que se hayan seleccionado para ese fin. Pudiera ser, pero si atendemos al resto de capítulos del *Companion*, veremos que las referencias históricas desempeñan en ellos un papel prácticamente nulo. Cosa natural, por otra parte, si el enfoque predominante es el de una filosofía que pretende contribuir a la ciencia cognitiva, antes que tomarla como plataforma para desarrollar su propia agenda, puesto que practicar una ciencia, como se ha dicho, seguramente no necesite demasiado de la historia de dicha ciencia. E incluso si necesita alguna medida, hay razones de prioridad que priman a la hora de realizar una selección. En un volumen el saber sí ocupa lugar, especialmente el lugar de todo lo que se ha decidido no incluir. Y, como señalaré en el próximo apartado, hay algunos temas que no se han incluido cuya ausencia parece inexcusable.

IV. LOS TEMAS CENTRALES DE LA FILOSOFÍA DE LA PSICOLOGÍA (Y ALGUNAS OMISIONES)

Calvo y Symons consideran que los cuatro grandes temas en los que se ha venido centrandó la filosofía de la psicología son intencionalidad, racionalidad, innatismo y modularidad. Este dictamen queda confirmado si atendemos al criterio de los manuales disponibles [Bermúdez (2005); Botterill y Carruthers (1999)], o de un par de entradas para enciclopedias que describen sintéticamente el área [Wilson (2006); Mason *et al* (2008)], aunque en el caso de la modularidad sería más apropiado hablar de “arquitectura mental” como el tema central en cuestión. Puede ser interesante aventurar brevemente una explicación de este carácter central: ¿por qué esos temas han recibido una atención mayor que otros por parte de los filósofos de la psicología? Creo que hay tres grandes características que los señalan.

Una de ellas reside en su carácter general. Todos esos temas atañen a fundamentos de la concepción general de la mente. Comparemos con otro tema que ha atraído un enorme esfuerzo de investigación, por ejemplo, con el de la visión (que, como Arstila señala en su entrada, es una de las ramas más exitosas de la ciencia cognitiva). Una teoría completa de la visión no encierra la promesa de proporcionar un rasgo fundamental de la vida mental en general, sino de explicar cómo funcionan las cosas en uno de sus dominios. Una teoría completa de alguno de los cuatro grandes temas, sin embargo, sí aspira a cumplir aquella promesa. Esto es particularmente evidente en la noción de representación que, como Ryder señala, es empleada por virtualmente la totalidad de las teorías en ciencia cognitiva. Si concebimos esta ciencia simplemente como una amalgama de disciplinas, que echa mano de manera oportunista de las explicaciones que más convengan para cada fenómeno particular, el debate sobre el representacionalismo sería menos interesante de lo que es. Simplemente habría ciertos fenómenos, particularmente los referidos al procesamiento “de bajo nivel” o más cercano al estímulo, que podrían no requerir representaciones y otros, referidos a la “cognición superior”, que apelarían a ellas. Sin embargo, el debate (v.g., con la cognición corpórea más radical) a menudo se presenta en términos de cuál de estas visiones da mejor cuenta de la naturaleza de la cognición en general. Si la noción de representación se ha erigido durante medio siglo como uno de los temas centrales en la ciencia cognitiva es precisamente porque se aspiraba a que constituyera el elemento explicativo central, aquel en el que confluían las aportaciones de las distintas disciplinas para construir teorías unificadas de lo mental. El anti-representacionalismo, en sus versiones más extremistas, aspira a desplazar esta visión, no simplemente a proporcionar un complemento para dar cuenta de determinados procesos¹¹.

Una segunda característica de estos temas es que permiten ordenar las posiciones alternativas en torno a un eje: v.g., representación vs. no represen-

tación, racional vs. no racional, innato vs. adquirido, módulos vs. procesos generalistas. Ejes como estos permiten articular el campo de estudio dentro de los diversos dominios. Así, uno puede hablar de teorías representacionales o no representacionales de la visión, o de las emociones como racionales o irracionales, o de la capacidad de juicio moral como innata o adquirida, o del razonamiento de tipo X como modular o de dominio general, etc. Aclarar las alternativas disponibles en cada uno de estos dominios necesita del trabajo conceptual en el eje central correspondiente. Además, la existencia de esos ejes permite calibrar en qué medida la investigación en un área se escora hacia uno u otro polo. Así, la predominancia (por no decir exclusividad) del enfoque representacionista en el cognitivismo clásico recibe en los últimos años crecientes contrapesos que cuestionan la necesidad de representación en tal o cual proceso o dominio; o la visión tradicional de las emociones como irracionales se encuentra con el rechazo de una buena parte de los enfoques recientes.

Una tercera característica de un tema central es su capacidad para atraer investigación pluridisciplinar. Hay temas centrales de la filosofía de la mente que, poseyendo características de generalidad y capacidad de articulación análogas a las señaladas, carecen de arrastre interdisciplinar y, en consecuencia, no resultan centrales a la filosofía de la psicología. Y a la inversa, hay temas genuinamente interdisciplinares, como la visión, que carecen de las dos primeras características y constituyen “meramente” temas prominentes, antes que centrales.

Aunque el *Companion* quiere reflejar la apertura del campo a una mayor variedad de problemas, los editores siguen considerando cruciales los cuatro grandes temas mencionados y, en consecuencia, afirman que el volumen los cubre en detalle. La sección destinada a ello es la titulada “Cognición y representación”, donde las dos entradas sobre representación (“Su naturaleza y papel”, “Naturalizar el contenido”), a cargo de Dan Ryder, ocupan la tercera parte y el resto se dedica a “Lenguaje del pensamiento” (Schneider), “Modularidad” (Gottschling), “Innatismo” (Samuels), “Memoria” (Rowlands), “Interactivismo” (Bickhard) e “Imaginación proposicional” (Nichols). A estos capítulos habría que añadir la entrada de Markman que, incluida en “La base biológica de la psicología” explora (de manera francamente escasa) los problemas de determinar cómo y qué representan los cerebros. El conjunto cubre de manera adecuada los puntos principales aunque, de nuevo, con diversos grados de excelencia¹².

Sin embargo, aquí se encuentra una de las ausencias que considero inexcusable: a diferencia de los otros tres temas centrales, el *Companion* no contiene entrada alguna que trate específicamente la racionalidad. No sólo eso, sino que una lectura del libro, o incluso un vistazo al índice analítico, confirma que este tema recibe una atención muy breve y dispersa. La ausencia es paralela a la de alguna entrada específica sobre razonamiento, un área de estudio de la psicología cuyos resultados han puesto en solfa los patrones

de racionalidad aplicables a los seres humanos. La omisión resulta tanto más notable cuando uno tiene en cuenta que el *Companion* pretende hacerse eco de las líneas de investigación más fructíferas y de las que proponen visiones alternativas a las corrientes dominantes. El estudio de la racionalidad (o irracionalidad) de los seres humanos y de su razonamiento en diversos ámbitos de su vida mental y su conducta es una de esas líneas. Este tema sigue promoviendo abundante investigación y en él ha habido también un progresivo desplazamiento del debate desde planteamientos más clásicos, por ejemplo, aquellos que abordaban el razonamiento en términos de qué tipo de representaciones mentales explicaban mejor la ejecución de los sujetos, a planteamientos más centrados en el tipo de procesos y mecanismos que se explotan de manera oportunista para distintas circunstancias de razonamiento [véanse diversas entradas sobre racionalidad o razonamiento en Mele y Rawling (2004)].

La otra gran omisión del *Companion* no atañe a lo que he definido como tema central, sino a otro de los dominios prominentes, seguramente tanto como lo es la visión: me refiero al lenguaje. Con la excepción de algunas menciones en los capítulos de modularidad e innatismo, la investigación psicológica sobre el lenguaje y su correspondiente reflexión filosófica brillan por su ausencia. (Habiéndome dedicado en los últimos años dentro de ese ámbito a un problema de honorable tradición en filosofía de la psicología, como es la relación entre lenguaje y pensamiento, la omisión me mortifica especialmente). Tal vez la ausencia podría intentar justificarse precisamente por el propio peso del tema. Dar entrada a la psicolingüística de manera adecuada parecería exigir todo un libro por sí solo. Pero la excusa es inadecuada, puesto que algo análogo se podría decir de muchas otras materias sí incluidas (al fin y al cabo, para temas más concretos como la consciencia o la emoción también existen *handbooks*, *companions* y similares, v.g. Velmans y Schneider (2007)).

Se me escapa si estas omisiones obedecen a algún tipo de criterio editorial, o a un simple (aunque descomunal) despiste. En cualquier caso, mi recomendación para una potencial segunda edición sería obvia: olvidarse completamente de la sección histórica, que he cuestionado en el apartado anterior, y aprovechar sus 110 páginas en una serie de entradas sobre esos dos grandes temas olvidados.

V. ¿HACIA DÓNDE VA LA FILOSOFÍA DE LA PSICOLOGÍA? DESARROLLOS RECIENTES

He intentado en los apartados anteriores presentar un sumario “estado del arte” en la filosofía de la psicología. Al hacerlo, creo que se perciben también algunas direcciones hacia las que se está encaminando. Por una parte, la separación respecto de la filosofía de la mente tiene visos de profundizarse, antes que de remediarse. Paralelamente, el filósofo de tal o cual fenómeno psicológi-

co va a verse cada vez más implicado en la construcción de teorías, tanto de carácter integral como particular. Es decir, creo que el filósofo de la psicología va a ser antes científico cognitivo que filósofo de la ciencia o de la mente. Si por otra parte ocurre, como afirma Rabossi (2002), p. 40, que “el carácter pluridisciplinario de la Ciencia Cognitiva no neutraliza la fragmentación, sino que la santifica”, el filósofo de la psicología puede verse análogamente forzado a una creciente especialización. Por otro lado, también es posible que la filosofía de la psicología arrastre en su estela a la filosofía de la mente, de manera que, antes que una separación, lo que se produzca sea una transformación definitivamente naturalista de esta última. Creo que esto no es probable en la filosofía de la mente como un todo, pero que ya se está percibiendo en el tema de estudio donde la interacción es más estrecha, i.e., la intencionalidad.

Otros modos diferentes de intentar ver hacia dónde se dirige el área se encuentran en atender, por una parte, a los desarrollos más recientes (particularmente los que proponen alternativas a las concepciones preponderantes) y, por otra, a las materias de estudio más marginales que, por consiguiente, tienen un mayor potencial de desarrollo. El *Companion* de Symons y Calvo presenta una muestra de ambos grupos. El conexionismo y la mente corpórea ofrecen ejemplos de desarrollos recientes donde se observa, respectivamente, una dirección truncada y otra con potencial de desarrollo. El debate sobre las perspectivas del conexionismo para erigirse en un marco explicativo alternativo cobró fuerza a mediados de los 80, tras la publicación de los volúmenes fundacionales del procesamiento distribuido en paralelo [cfr. Rumelhart y McClelland (1986)], y alcanzó su pico a mediados de los 90. A partir de esa fecha el volumen de artículos dedicados al debate disminuye drásticamente y las redes neuronales artificiales se convierten fundamentalmente en una herramienta más de modelización al alcance de los científicos cognitivos, antes que un área que atraiga la atención de los filósofos.

Por su parte, la cognición corpórea se está apuntalando como uno de los contendientes en la escena explicativa, como se refleja en las menciones que muy diversas entradas dedican a este enfoque, o en el que merezca que se haya editado un *handbook* sobre el mismo [Calvo y Gomila (2008)]. Su consolidación definitiva va a depender no sólo, como Adams y Aizawa señalan, de que se encuentren formulaciones plausibles e interesantes de lo que ahora en muchos casos tiene forma de eslogan, sino de su capacidad efectiva para explicar de manera alternativa los fenómenos en los que el cognitivismo clásico tuvo sus mayores éxitos (y no, como ocurre en la actualidad, fenómenos de menor nivel cuya explicación resulta complementaria a la cognitivista) y de contar con una herramienta matemática tan potente como lo fue la teoría de la computación en su momento. La teoría de sistemas dinámicos, con su énfasis en el acoplamiento y en la capacidad de dar cuenta de cómo emergen los estados discretos desde la continuidad temporal subyacente (véase la entrada de Schöner y Reimann “Comprender la cognición corpórea a través del pen-

samiento de los sistemas dinámicos”), se postula como tal herramienta, pero es pronto para decir si tiene el mismo alcance que la teoría de la computación.

En cuanto a los temas más minoritarios, la última sección del *Companion*, “Personidad”, ofrece un muestrario de algunos: “Acción y mente” (Mele, que quizás debería haberlo titulado “libre albedrío”), “Juicio moral” (Nado, Kelly y Stich), “Identidad personal” (Schechtman), “El nombre y naturaleza de la con-fabulación” (Hirstein) y “Personas budistas y *eudaimonia*^{Buddha}” (Flanagan) suponen otros tantos dominios de estudio cuyas perspectivas de desarrollo van a depender, a mi juicio, de su interacción y articulación con alguno de los temas centrales. Es improbable, por ejemplo, que esto ocurra con el tema abordado por Flanagan, que constituye la perla más exótica del *Companion* y que hace que uno se plantee si los enfoques muy alejados de los planteamientos predominantes en filosofía de la psicología pueden beneficiar al campo y permitirle extenderse en nuevas direcciones (perdóneseme el chauvinismo, pero yo diría que no).

En suma, todo apunta hacia una intensificación en las características ya apuntadas por Calvo y Symons como los principales cambios en la disciplina en las últimas décadas: la colaboración multidisciplinar y la mayor variedad temática. Su *Companion*, a pesar de las limitaciones señaladas en esta nota crítica, constituye un excelente punto de partida para adentrarse en la mayor parte de los dominios donde los debates en filosofía de la psicología están más vivos¹³.

Departamento de Filosofía I
Universidad de Granada
Campus de Cartuja, E-18071, Granada
E-mail: fmmanriq@ugr.es

NOTAS

¹ El *handbook* de Thagard *et al*, por ejemplo, cubre apenas la cuarta parte de los temas del *Companion*, e incluye tan solo 3 ó 4 materias no explícitamente cubiertas por este último. El *companion* de Bechtel y Graham, por su parte, cubre muchos de los temas del libro de Symons y Calvo. En cuanto a su extensión, las entradas del *Companion* son algo intermedio entre las de estas dos obras de referencia.

² Por si alguien frunce el ceño ante este paréntesis, añadiré que hace pocos años me invitaron a participar en una mesa redonda, organizada por los estudiantes de la Facultad de Psicología de Granada, con el título de “¿Es la psicología una ciencia?”. El tema me parecía inicialmente sorprendente porque creía ya cerrada esta cuestión, al menos desde parámetros heredados de la filosofía de la ciencia de las últimas décadas. Por tanto, que fueran los propios estudiantes de la disciplina quienes la plantearan lleva a suponer que los mensajes que están recibiendo desde su propia casa son un tanto

discordantes. Dejando a un lado si existe o no, a estas alturas, un debate real sobre la cientificidad de la psicología, lo que si parece claro es que se dan notables desacuerdos respecto al tipo de ciencia que es, como muestran los distintos pareceres a la hora de incluirla entre la rama de Ciencias de la Salud o la de Ciencias Sociales. Esta cuestión no es meramente administrativa o estratégica sino que esconde, por lo que yo puedo ver, divergencias de fondo a la hora de definir el estatuto de la psicología en relación a otras disciplinas, el modo apropiado de estudiarla o practicarla y la función del psicólogo como profesional.

³ Los autores desarrollan básicamente la misma posición, si bien con mayor extensión, en su entrada al *handbook* de Thagard *et al* (2007).

⁴ Un análisis de esta idea del “nivel privilegiado” y sus diversas concepciones puede encontrarse en Ezquerro y Martínez-Manrique (2004).

⁵ El área de reciente cuño conocida como “filosofía experimental” [Knobe y Nichols (2008)] está haciendo sus pinitos en esta tarea. El área está emparentada con la filosofía de la psicología en la medida en que intenta explorar, con diseños experimentales, los conceptos e intuiciones de la gente corriente en relación a diversos problemas filosóficos, pero su objetivo último es evaluar desde los datos así obtenidos las soluciones filosóficas a dichos problemas.

⁶ Por señalar algunas, el capítulo sobre introspección se olvida de temas que han recibido cierta atención en los últimos tiempos, como la validez y los problemas conceptuales de algunos métodos recientes de muestreo de la experiencia introspectiva [Hurlburt y Schwitzgebel (2007)] para centrarse en exceso en lo que revelan las patologías del acceso introspectivo. Al capítulo sobre visión, dada la amplitud del tema, uno desearía que se le hubiese asignado algo más que las 12 páginas con que cuenta. La entrada sobre color, concisa y adecuada como es, desentona un tanto con el resto al prestar menor atención relativa a la investigación psicológica sobre el color. Por último, la entrada de Grush dedica mayor proporción a su propuesta sobre la percepción del tiempo que a explicar algunas de las alternativas, que quedan un poco en el aire para el lector no informado.

⁷ Esta inclinación creo que queda bien ilustrada por la reacción de una alumna en un curso estándar de filosofía de la mente que impartí hace un par de años. Harta de zombies, supersuperespartanos, cosas del pantano y otros entes semejantes, me espetó enojada: “Pero ¿cuándo vamos a hablar de la mente?”

⁸ Creo que Fodor o Dennett representan en buena medida esta aspiración.

⁹ O corporeizada, o encarnada; la traducción de *embodied* no se encuentra fijada.

¹⁰ Sí, incluso el conductismo. Que se lo pregunten a mis compañeros de edificio.

¹¹ Así, se suele intentar apelar a algún otro elemento unificador, como la noción de agente. Es decir, si en la visión clásica un sistema cognitivo es fundamentalmente un sistema capaz de tener estados representacionales, en la visión antirrepresentacionista un sistema cognitivo es fundamentalmente un sistema con capacidad de acción en el entorno.

¹² Para no ser demasiado prolijo, me limitaré a señalar en esta nota tres defectos. Creo que la primera entrada de Ryder sobre representación resulta confusa para el lector no previamente informado. Sus distinciones, por otro lado, son en ocasiones bastante cuestionables y creo que esto refleja la dificultad de ser original en la exposición de un tema donde todos los caminos han sido tan trillados. La entrada sobre interactivismo, por su parte, peca de centrarse en una posición que, si bien interesante, a

la fecha no ha sido desarrollada más que por el propio Bickhard (su sección sobre “lecturas adicionales” es toda una lección en el arte de la autorreferencia). Por último, la entrada sobre imaginación proposicional resulta un tanto exótica para una sección dedicada a los debates dominantes en filosofía de la psicología, aunque quizás no hubiera otra sección donde encajara mejor.

¹³ Este artículo ha sido realizado dentro del proyecto FFI2008-06421-C02-01 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

REFERENCIAS

- BECHTEL, W. y GRAHAM, G. (1998), *A Companion to Cognitive Science*, Oxford, Blackwell.
- BERMÚDEZ, J. L. (2005), *Philosophy of Psychology: A Contemporary Introduction*, Londres, Routledge.
- BICKLE, J. (1998), *Psychoneural Reduction: The New Wave*, Cambridge, MA, MIT Press.
- BLOCK, N. (1980), *Readings in Philosophy of Psychology*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- BOTTERILL, G. y CARRUTHERS, P. (1999), *The Philosophy of Psychology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BURGE, T. (1979), “Individualism and the Mental”, *Midwest Studies in Philosophy*, 4, pp. 73-122.
- CALVO, P. y GOMILA, T. (2008), *The Handbook of Cognitive Science: An Embodied Approach*, Amsterdam, Elsevier.
- CHURCHLAND, P. M. (1981), “Eliminative Materialism and the Propositional Attitudes”, *Journal of Philosophy*, 78, pp. 67-90.
- EZQUERRO, J. y MARTÍNEZ MANRIQUE, F. (2004), “Intertheory Relations in Cognitive Science: Privileged Levels and Reductive Strategies”, *Crítica*, 36, pp. 55-103.
- GARDNER, H. (1985), *The Mind's New Science*, New York, Basic Books.
- HURLBURT, R. T. y SCHWITZGEBEL, E. (2007), *Describing Inner Experience? Proponent Meets Sceptic*, Cambridge, MA, MIT Press.
- KNOBE, J. y NICHOLS, S. (eds., 2008), *Experimental Philosophy*, Oxford, Oxford University Press.
- MASON, K., SRIPADA, C. S. y STICH, S. (2008), “The Philosophy of Psychology”, en D. Moran (ed.) *Routledge Companion to Twentieth-Century Philosophy*, Londres, Routledge.
- MELE, A. R. y ROWLING, P. (eds.) (2004), *The Oxford Handbook of Rationality*, Oxford, Oxford University Press.
- O'DONOHUE, W. T. y KITCHENER, R. F. (eds.) (1999), *The Philosophy of Psychology*, Londres, Sage.
- PUTNAM, H. (1975), “The meaning of meaning”, en K. Gunderson, (ed.), *Language, Mind and Knowledge*, Minnesota Studies in Philosophy of Science, vol. 7, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 131-193.
- RABOSI, E. (2002), “Filosofía de la mente y filosofía de la psicología: La agenda, la práctica, el dominio”, *Azafra*, 4, pp. 21-43.

- RUMELHART, D. E. y MCCLELLAND, J. L. (1986), *Parallel Distributed Processing: Explorations in the Microstructure of Cognition, Volume I: Foundations*, Cambridge, MA, MIT Press.
- SYMONS, J y CALVO, P. (2009), *Routledge Companion to Philosophy of Psychology*, Nueva York, Routledge.
- THAGARD, P., GABBAY, D. M. y WOODS, J. (eds., 2007), *Philosophy of Psychology and Cognitive Science*, Amsterdam, North Holland.
- VELMANS, M. y SCHNEIDER, S. (eds., 2007), *The Blackwell Companion to Consciousness*, Oxford, Blackwell.
- WILSON, R. A. (2006), “Philosophy of Psychology”, en S. Sarkar y J. Pfeifer (eds.) *The Philosophy of Science: An Encyclopedia*, Nueva York, Routledge.

ABSTRACT

This paper offers a critical review of J. Symons y P. Calvo (eds.) *The Routledge Companion to Philosophy of Psychology*, with the aim of summarising the “state of the art” in the field. First, I examine the different ways of practising it, related to philosophy of science, cognitive science, and philosophy of mind. Second, I argue for a negative conclusion regarding the possibilities of historical approaches to make a real contribution to the field. Third, I explain why some topics appear to be central, pointing out some notable omissions in the book. Finally, I offer a brief account of possible future developments in philosophy of psychology.

KEYWORDS: *Cognitive Science, Interdisciplinarity, Philosophy of Mind, Philosophy of Psychology, Philosophy of Science.*

RESUMEN

Este artículo lleva a cabo una revisión crítica del volumen de J. Symons y P. Calvo (eds.) *The Routledge Companion to Philosophy of Psychology*, con el objeto de ofrecer un resumen del “estado del arte” en filosofía de la psicología. Primeramente examino los modos de practicarla relacionados con la filosofía de la ciencia, la ciencia cognitiva y la filosofía de la mente. A continuación razono un juicio negativo respecto a las posibilidades de los enfoques históricos para aportar al desarrollo del campo. Seguidamente, explico el por qué de la centralidad de ciertos temas y señalo algunas ausencias notables en el libro. Por último, presento brevemente las perspectivas de desarrollo del área en el futuro.

PALABRAS CLAVE: *ciencia cognitiva, filosofía de la ciencia, filosofía de la mente, filosofía de la psicología, interdisciplinariedad.*